

# El acuerdo de tu vida

Leticia Arteaga Billón



# Capítulo 1

## I. ARTHUR

Había pocas cosas que odiase más que un atasco. Odiaba perder el tiempo. Odiaba la impotencia de no poder hacer nada para evitarlo. Odiaba el sofocante olor a gasolina y humo, el bullicio de las atestadas calles neoyorkinas y el sonido estridente de las bocinas de los coches. Pero, sobre todo, odiaba llegar tarde.

—La reunión empieza en cinco minutos, Scott —mascullé, mirando por tercera vez las agujas del pesado Rolex que mi padre me había regalado.

—Lo sé. Lo siento, señor, pero no hay nada que podamos hacer.

Observé el ceño fruncido y la mirada de disculpa de mi chófer y suspiré. Él tenía razón. Resignado, saqué el teléfono de la chaqueta y llamé a mi asistente, Ellen. Me lo cogió al primer tono.

—Señor Collins.

Siempre dispuesta, siempre atenta.

—Ellen, ¿ha llegado ya todo el mundo?

—Casi todos, señor. Faltan varios miembros del departamento de Marketing. El resto está esperando aquí, junto a su despacho.

Maldita sea. Realmente odiaba llegar tarde.

—Estamos metidos en un atasco. Llegaremos como muy pronto en diez minutos. Necesito que me cubras y los entretengas, por favor.

Utilicé un tono más suave del acostumbrado y ella soltó una risita coqueta.

—De acuerdo, señor. Esperaré unos minutos más y los haré pasar a la sala de juntas. Les ofreceré café y haré que suban algo del catering. Le llevaré todo lo que necesita para la reunión directamente a la sala de juntas, así no tendrá que perder tiempo pasando primero por su despacho.

—Eres la mejor secretaria del mundo, ¿lo sabías?

De nuevo esa risita suave.

—Por supuesto.

Colgué sintiéndome ligeramente culpable. Ellen era una buena chica, una magnífica secretaria, la mejor que había tenido desde que empecé a trabajar en la empresa. Detestaría el momento en que tuviera que despedirla. Ya empezaba a mostrar algunos de los rasgos que, al igual que a sus predecesoras, evidenciaba su encaprichamiento: aleteos de pestañas, risas flojas, un intento débil por evitar mirarme a los ojos, notas demasiado dulces en el escritorio... Era cuestión de tiempo de que dejara en claro que quería mantener una relación más allá de lo profesional conmigo y aquella era una línea roja que yo nunca, jamás, traspasaría. El amor y yo no éramos compatibles. El amor era un veneno que convertía a hombres poderosos en entes vulnerables, débiles y manipulables. El amor era solo cosa de idiotas y de ingenuos. Y yo no me consideraba ninguno de los dos.

Además, solo de pensar en el tiempo vacío que tendría que perder en

conocer a un montón de chicas, el dinero en citas y regalos, las charlas vacías sobre anécdotas que no me importarían al día siguiente... Aquello me daba escalofríos, y de los malos. Y todo ese esfuerzo, ¿para qué? ¿Qué porcentaje real existía de encontrar al amor de mi vida, a mi pareja perfecta? No, no merecía la pena. Lo mejor era mantenerse alejado de ese tipo de cosas.

—Hemos llegado, señor.

Estábamos en la puerta de la oficina. Por fin. Volví a mirar el reloj; solo cuatro minutos tarde.

—Gracias, Scott. Nos vemos a las seis.

Con un asentimiento, dimos por finalizada la conversación y yo salí rápidamente del coche.

Estaba nervioso por aquella reunión. Aquella mañana había vuelto a bajar ligeramente el precio de nuestras acciones en la Bolsa. Dos de nuestros más importantes inversores se habían retirado el mes pasado. Era evidente que, desde que había ocupado el puesto de mi padre a cargo de la empresa familiar, algo había cambiado y habíamos empezado a recorrer un camino claramente descendente y no tenía ni idea de por qué.

Hoy por fin sabría qué estaba pasando.

—Señor Collins —saludó la joven recepcionista al verme pasar.

No tenía ni idea de su nombre, así que solo asentí antes de seguir mi camino.

En la puerta de la sala de juntas estaba Ellen con una sonrisa radiante. Me entregó una carpeta azul con un pestañeo exagerado y se me hizo un nudo incómodo en la garganta.

—Se acaban de sentar y han pedido bebidas, estoy segura de que no notarán que llega tarde, señor.

—Gracias —respondí, cortés—. ¿Hay algo más para hoy en la agenda? Ella asintió, enderezando los hombros de un modo más formal.

—George Smith lo llamará en algún momento entre las cinco y las cinco y media. Al parecer tiene novedades sobre el nuevo modelo de tablet. Y tiene una cita a las seis y media en la sastrería.

—De acuerdo.

Después, la dejé atrás y entré en la sala. Sentados a la mesa estaba mi representante y la jefa de marca, el equipo entero de relaciones públicas y publicidad y varios miembros del departamento de ventas y de Marketing. Tras las debidas formalidades y saludos, tomé asiento a la cabeza de la larga mesa.

—Señor Collins, siento decir esto, pero los informes que nos han llegado del departamento financiero no son buenos. El capital que hemos perdido ha afectado duramente a los fondos.

Apreté los dientes.

—Eso ya me lo suponía. He visto el resumen de ventas de este mes. Y aunque espero que la promoción de nuestro último paquete de aplicaciones para teléfono cubra ese dinero, mi pregunta es, ¿por qué? ¿Qué estamos haciendo mal?

Temía hacer esa pregunta en voz alta, pero necesitaba saber la respuesta.

Desde que ocho meses atrás mi padre me cedió orgullosamente el puesto de director ejecutivo de la multinacional TecnoDrop, la empresa que él mismo había fundado treinta años atrás, me había esforzado en estar a la altura. Había trabajado cientos de horas más de las que me corresponderían para ponerme al día de todos los proyectos que estaban en curso y de los futuros. Quería hacerlo bien. Quería demostrar que, sin importar lo que había hecho en el pasado, podía estar a la altura y había trabajado duro para conseguirlo.

¿Por qué no era suficiente? ¿Qué estaba pasando?

—No estamos haciendo nada mal, en realidad —dijo uno de los subdirectores de ventas, encogiéndose de hombros—. Estamos siguiendo las mismas estrategias que han funcionado otras veces muy bien con nuestros productos. El problema no reside en el trabajo.

—¿Entonces?

Entonces, John Maisen, mi representante y amigo desde los dieciocho años, tomó la palabra:

—Eres tú, Arthur. Al parecer, el problema eres tú.